

XVII PASCUA FAMILIAR AGUSTINIANA

El primero de los días se notaba cierto nerviosismo entre los asistentes, salvo en los veteranos, curtidos en varias Pascuas, quienes nos dieron una cálida acogida a los que acudíamos por primera vez. Era Jueves Santo y pese a ser el primer día hubo mucho sobre lo que reflexionar y aprender porque el hecho de *“solo poder ser luz cuando se es cruz”* invita a un autoconocimiento que no es sencillo en estos días. No obstante, ese rato de reflexión nos lo pusieron fácil durante la celebración y en el rato en el que durante la madrugada estuvimos velando junto a Cristo en oración en el Huerto de los Olivos.

Con el espíritu renovado, siendo conscientes de que ese día *“todo era cruz”*, iniciamos nuestra andadura del viernes para aprender que Jesús, como padre, *“muere por nosotros para salvarnos”* y que, por tanto, *“sufrir por sufrir no tiene sentido”*. Era el día del ayuno, de la abstinencia, de centrarse en el Yo con Cristo y de vivir con Él, pero también para reflexionar sobre el significado de la cruz y de que *“no hay amor más grande que el que da la vida por los amigos”*. Así, al final del día, la cruz la sentimos como el mayor signo y símbolo de amor que Jesús pudo darnos a nosotros.

El sábado, lo vivimos junto a Jesús en *“ausencia presente”* conscientes de que *“el amor siempre triunfa sobre el odio y la muerte”* y, por tanto, aprendiendo a ver y valorar los “PEMICOS” (Pequeños Milagros Cotidianos) que aparecen en nuestro día a día. Ese día nos reconciamos con nosotros mismos (y con el Señor) en el Sacramento de la Reconciliación donde preparamos nuestra alma para la celebración más importante del año, la Resurrección del Señor. Vivimos dicha celebración con una mirada a los discípulos, a las mujeres y a María, tratando de alejar las tentaciones de la duda, la tristeza y la rendición, tal y como habíamos reflexionado a lo largo del día.



La Vigilia Pascual, celebración de la resurrección del Señor, puso punto final al día...O no... porque después aún hubo tiempo para una pequeña fiesta donde celebrar que Jesús había resucitado para traer la salvación al mundo.

En definitiva, esta mi primera Pascua Familiar Agustiniana me ha servido como padre de familia para volver a conectar con Cristo, para recordarme que debo ser Sacramento para mi familia y para conocer otras familias que, como la mía, tratan de vivir la Fe junto a sus hijos en una experiencia tan maravillosa como es compartirla con los demás, porque, como todo buen Agustino sabe, *“el amor está en la comunidad que vive la regla de Paz.*

Fdo. Daniel Sánchez Sellas